



* * *

37.—Decíale yo en cierta ocasión:

—Cuando me reprenden, prefiero haberlo merecido que ser acusada falsamente.

—Pues yo prefiero que me acusen con toda injusticia, porque así no tengo nada que reprocharme y se lo ofrezco a Dios con alegría; luego me humillo pensando que podría bien haberlo hecho.

Cuanto más adelante V. C. en la perfección, menos serán los combates, o más bien vencerá con mayor facilidad, porque verá el lado bueno de las cosas. Entonces su alma se elevará sobre las criaturas. Todo lo que ahora pueden decirme, me deja absolutamente sin cuidado, porque he comprendido la falta de solidez de los juicios humanos.

—Cuando no se nos comprende y se nos juzga desfavorablemente —añadió—, ¿qué aprovecha el defenderse? Dejémoslo, callemos; ¡es tan dulce dejarse juzgar de cualquier manera! En el Evangelio no se dice que Santa María Magdalena haya dado explicación ninguna cuando su hermana la acusaba de estar ociosa a los pies de Jesús. No dijo: «Marta, si supieras de cuánta dicha estoy inundada, si oyeras las palabras que yo escucho, tú también lo dejarías todo para compartir mi dicha y mi sosiego.» No, prefirió callarse... ¡Dichoso silencio, que tanta paz proporciona al alma!

* * *

38.—En una hora de tentación y de lucha, recibí de ella este billete:

«*Que el justo me despedace por compasión al pecador. Que el aceite con que se perfuma la cabeza no ablande la mía*» (27). Yo no puedo ser despedazada ni probada más que por justos, puesto que todas mis hermanas son agradables a Dios. Es menos amargo ser despedazado por un pecador que por un justo; pero *por compasión para los pecadores*, para obtener su conversión, te pido, Dios mío, ser despedazada por las almas justas que me rodean. Te pido también que *el aceite de las lisonjas*, tan agradable a la naturaleza, *no ablande mi cabeza*, es decir, mi espíritu, induciéndome a creer que poseo virtudes que apenas he practicado varias veces.

¡Oh, Jesús mío, *aceite derramado es tu nombre* (28); en este perfume divino es donde quiero sumergirme totalmente, lejos de la mirada de las criaturas!» (29).

* * *

(27) Salmo CXL, 5.

(28) Este testimonio es de su hermana Celina, Sor Geneveva, que en un momento de tribulación recibió este billetito para apoyarse firmemente y no desfallecer. Se lo escribió la Santa el día de Santa Magdalena, 22 de julio de 1897. (Véase «Lettres», Année 1897, pág. 427.)

(29) «Cantar de los Cantares», I, 2.

39.—«Querer persuadir a nuestras hermanas de que no están en lo cierto, aunque sea verdaderamente así, no es un acto de buena ley, puesto que no estamos encargadas de vigilar su conducta. No debemos ser *jueces de paz*, sino sólo *ángeles de paz*.»

* * *

40.—«VV. CC. se entregan demasiado a lo que hacen», nos decía; «se inquietan demasiado por sus oficios, como si toda la responsabilidad recayese sobre VV. CC... ¿Se ocupan acaso en lo que está pasando en los otros conventos, en si las religiosas están o no atareadas? ¿Por ventura les impiden a VV. CC. los trabajos de éstas rogar y hacer oración? Pues bien: también deben hacerse ajenas a sus personales tareas, emplear concienzudamente en ellas el tiempo prescrito, pero con desasimio de corazón.

Recuerdo haber leído que los israelitas edificaron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y empuñando la espada con la otra (30). Esto es la figura exacta de lo que debemos hacer nosotras: trabajar con una sola mano, y con la otra defender al alma contra la disipación que la impide unirse con Dios» (31).

* * *

(30) Esdras, II, c. IV, 11.

(31) Vea el lector este mismo pensamiento en «Novissima Verba», 14 de julio.

41.—«Un domingo», refiere Santa Teresita, «me encaminaba muy satisfecha a la avenida de los castaños (32), estábamos en primavera y quería gozar de la hermosura de la naturaleza. ¡Ay, desilusión cruel, habían podado mis queridos castaños! Las ramas, que ya estaban cargadas de verdes retoños, yacían por el suelo. Viendo aquel desastre y considerando que sería preciso a lo menos tres años para repararlo, se contristó fuertemente mi corazón. Con todo, mi angustia duró poco: *Si estuviese en otro convento —pensé—, ¿me importaría algo que talasen todos los castaños del Carmen de Lisieux?* No quiero ya contristarme por cosas pasajeras; sólo mi Amado ocupará mi corazón. Quiero constantemente pasearme por los parques de su amor, a los que nadie puede tocar.»

* * *

42.—Una novicia pedía a varias hermanas que la ayudasen a sacudir mantas, advirtiéndoles con alguna viveza que tuviesen cuidado de no rasgarlas, porque estaban bastante usadas. Santa Teresita del Niño Jesús le dijo:

—¿Qué haría V. C. si no estuviese encargada de remendar estas mantas...? ¡Con qué desasimiento de espíritu se portaría! Y si advirtiese que es fácil rasgarlas, ¿no es verdad que lo haría sin ningún

(32) Paseo interior en el jardín del Carmen de Lisieux.

apego? Tenga, pues, cuidado de que en todas sus acciones no se deslice jamás la más ligera sombra de interés personal!

* * *

43.—Viendo que una hermana nuestra estaba muy fatigada, dije a Sor Teresita del Niño Jesús:

—Me duele mucho ver padecer, sobre todo a las almas santas.

A lo que ella me respondió al punto:

—¡Oh, yo no soy así! ¡Jamás me dan lástima los santos que padecen; porque sé que tienen fuerza para resistir sus padecimientos, y así dan inmensa gloria a Dios! En cambio, a los que no son santos y no saben sacar provecho de los padecimientos, ¡oh, cuánto les compadezco! ¡Esos sí que me dan lástima! Para esos no perdonaría paso para que quedaran totalmente consolados y aliviados.

* * *

44.—«Si hubiera de vivir todavía, ningún oficio me agradaría tanto como el de enfermera. No lo solicitaría; pero si me lo ordenara la obediencia, me consideraría altamente privilegiada, y creo que lo desempeñaría con tierno amor, fijo siempre mi pensamiento en aquellas palabras de Jesucristo: *Estuve enfermo y me visitasteis* (33). La campana

(33) Mat., XXV, 36.

de la enfermería debería ser para V. C. como melodía celestial, y habría de pasar de intento por debajo de las ventanas de las enfermeras, para darles ocasión de llamarla y pedirle algunos servicios. ¿No debe V. C. considerarse como humilde esclava a quien todo el mundo tiene derecho de mandar? ¡Si viera a los ángeles que desde lo alto del cielo están presenciando su lucha! Esperan la victoria final para engalanarla toda de coronas y flores. No ignora que pretendemos ser *pequeños mártires*; pues bien, ¡a ganar palmas!

Ciertamente que Dios no desprecia esos combates secretos, por tanto, mucho más meritorios: *Mejor es el varón sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, más que un conquistador de ciudades* (34).

Con nuestros pequeños actos de caridad, practicados en la obscuridad y sin ruido, convertiremos almas en lejanos países, ayudamos a los misioneros, les atraemos abundantes limosnas, y, por consiguiente, construimos verdaderas moradas espirituales y materiales a Jesús Sacramentado» (35).

* * *

(34) Prov., XVI, 32.

(35) El Señor cumplió también este santo deseo de la Santita de ser enfermera. Recuerde el lector cuando la peste de gripe el valor y la caridad que la Santa demostró acudiendo en socorro de sus Hermanas queridas en religión.

45.—Observaba yo que nuestra Madre hablaba preferentemente a una de nuestras hermanas, y me parecía que la trataba con más confianza y afecto que a mí. Fui a manifestar mi pena a Sor Teresita del Niño Jesús, creyendo que oiría de ella sentidas palabras de simpatía; pero con gran sorpresa mía me dijo:

—¿Cree V. C. que ama mucho a nuestra madre?

—¡Cierto! Si no la amase, me sería indiferente ver que prefiere las otras a mí.

—Pues bien; voy a probarle que se engaña por completo: a quien ama no es a nuestra madre, sino a sí misma. Quien ama verdaderamente, siente alegría por el bien de la persona amada y hace toda suerte de sacrificios para procurárselos. Así pues, si tuviese este amor verdadero y desinteresado, si realmente amase a nuestra madre por ella misma, sin otra mira, se regocijaría V. C. de verla contenta a sus costas; y puesto que le parece que siente ella menos satisfacción de hablar con V. C. que de hablar con otra, ninguna pena debería sentir al considerarse olvidada.

* * *

46.—Estaba desoladísima por mis innumerables distracciones en la oración:

—También yo tengo muchas —me dijo—; pero tan pronto como me fijo en ellas, ruego por las mismas personas que vinieron a ocupar mi imaginación, y así ellas sacan provecho de mis distracciones... Lo acepto todo por amor de Dios,

hasta los pensamientos más extravagantes que se me ocurren (36).

* * *

47.—Habíanme pedido un alfiler que me servía mucho, y como lo echase de menos, dijo Santa Teresita:

—¡Oh, qué rica es V. C.! ¡Imposible que sea feliz!

* * *

48.—Estaba Santa Teresita encargada de la ermita del Niño Jesús, y como sabía que los olores molestaban a cierta Madre, siempre se privó de poner flores odoríferas, ni siquiera una insignificante violeta, lo que le costó verdaderos sacrificios.

Acababa un día de colocar una bonita rosa artificial al pie de la imagen, cuando la llamó aquella buena Madre. Santa Teresita del Niño Jesús, adivinando que era para que quitase la rosa, y no queriendo humillarla, adelantóse a toda reflexión, tomó la flor y dijo:

—Vea, madre mía, qué bien se imita hoy la naturaleza. ¿Quién no diría que esta rosa acaba de ser cogida ahora del jardín? (37).

* * *

(36) La santa repite este pensamiento hablando de una acción de gracias de la Comunión de cierto día. Ver «Novissima Verba», 4 de julio.

(37) Es costumbre en el Carmen tener algunas capillitas en el jardín o huerta, donde las religiosas se retiran a orar, espe-

49.—Decía cierto día:

—Hay momentos en que se está tan mal *en casa*, en nuestro propio interior, que es preciso salir de él con premura. Dios, en tales trances, no nos obliga a permanecer en nuestra propia compañía; a menudo permite que nos sea desagradable, para que la abandonemos. Entonces no veo otro medio para salir *de casa*, que ir a visitar a Jesús y a María, corriendo a las obras de caridad.

* * *

50.—La principal indulgencia plenaria y la que todos pueden ganar sin las condiciones ordinarias es la indulgencia de *la caridad que cubre la abundancia de los pecados* (38).

* * *

51.—«Lo que me aprovecha cuando me represento el interior de la Sagrada Familia es el pensar en una vida del todo ordinaria.

La Virgen Santísima y San José sabían perfectamente que Jesús era Dios; sin embargo de ello,

cialmente en la Cuaresma y tiempos de ayuno después de la Exaltación de la Santa cruz. Sin duda la ermita que se nos indica aquí sería una de ellas; no obstante, nos inclinamos a pensar que se refería más bien a la imagen del Niño de que teresita cuidó desde su entrada en el Carmen.

(38) Prov., X, 12.

se les ocultaban grandes maravillas y vivían como nosotros: vida de fe. ¿No han advertido VV. CC. aquellas palabras del texto sagrado: *Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta* (39); y aquellas otras no menos misteriosas: *Su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de él decían?* (40). ¿No se creería, pues, que aprendían algo? Pues aquella admiración supone cierta sorpresa.»

* * *

52.—«En el rezo de Sexta hay un versículo que pronuncio siempre con repugnancia. Es el siguiente: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum propter retributionem* (41).

Me apresuro a decir interiormente: “¡Oh, Jesús mío! Tú sabes muy bien que no es la recompensa lo que induce a servirte, sino únicamente tu amor y la salvación de las almas.”»

* * *

(39) Luc., II, 50.

(40) Luc., II, 33.

(41) La Santa se refiere al versículo 112 del salmo 118 que se reza en Sexta del oficio de Dominica de todo el año, también se reza en las fiestas principales del año. El versículo dicho, traducido a nuestra lengua, reza así: «Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón.»

53.—«Tan sólo en el cielo sabremos la verdad absoluta de todas las cosas. Acá en la tierra, hasta en la misma Sagrada Escritura, hay sus puntos oscuros e indescifrables. Me causa pena la diversidad de traducciones. Si hubiera sido sacerdote, hubiera aprendido el hebreo para poder leer la palabra de Dios tal como El se dignó expresarla en el lenguaje humano.»

* * *

54.—Con frecuencia me hablaba de un juego muy conocido con el cual Santa Teresita se había divertido en su infancia. Era el calidoscopio, instrumento por el estilo de un pequeño catalejo, al extremo del cual se ven muy bonitos dibujos de diversos colores; rodándolo o meneándolo, varían los dibujos hasta lo indecible.

—Ese juguete —decía— me admiraba; no comprendía cómo podía producirse un fenómeno tan bonito, hasta que un día, después de un serio examen, descubrí que eran sólo unos pedacitos de papel y de lana cortados de cualquier modo y echados allí sin orden ni concierto. Proseguí mis investigaciones y descubrí entonces tres espejos en el interior del tubo, lo cual me dio la clave del enigma.

Esto fue para mí la imagen de un gran misterio; mientras nuestros actos, aun los más insignificantes, no salen fuera del foco del amor, la Santísima

Trinidad, figurada por los tres espejos, les da un tinte y belleza admirables. Mirándonos Jesús por medio de la pequeña luneta, esto es, como a través de sí mismo, halla siempre hermosas todas nuestras obras. Pero si salimos del centro inefable del amor, ¿qué verá? Briznas de paja, acciones empañadas y sin valor alguno.

* * *

55.—Un día le hablaba yo de los extraños fenómenos que produce el magnetismo en las personas que se prestan a entregar su voluntad al magnetizador. Parecieron interesarle vivamente estos detalles, tanto que al día siguiente me dijo:

—¡Oh, cuánto bien me hizo su conversación de ayer! ¡Oh! ¡Cómo quisiera ser magnetizada por Nuestro Señor! Es la primera idea que ha cruzado por mi mente al despertarme. ¡Con qué dulzura le he entregado mi voluntad! Sí, quiero que se enseñoree de todas mis potencias, de tal suerte, que en adelante no haga ya acciones humanas y personales, sino obras totalmente divinas, inspiradas y dirigidas por el Espíritu de Amor.

* * *

56.—Antes de mi profesión, recibí por medio de mi santa Maestra una gracia muy singular. Hallándome fatigadísima, pues habíamos lavado todo

el día, y agobiada con muchas penas interiores, quise por la tarde, antes de la oración, decirle dos palabras sobre el caso; pero ella me respondió:

—Tocan a la oración y no hay tiempo material para que pueda consolarla; además, veo claramente que me tomaría un trabajo inútil, puesto que Dios quiere que por ahora sufra sola.

La seguí a la oración, pero tan desanimada, que por primera vez llegué a dudar de mi vocación. «Jamás tendré fuerzas para ser carmelita», me decía yo interiormente; «es una vida demasiado pesada para mí.»

Estaba de rodillas hacía algunos minutos, con aquel combate y tristes pensamientos, cuando de repente, sin haber hecho oración ni siquiera deseado la paz, sentó en mi alma un cambio instantáneo y extraordinario; ya no me conocía a mi misma. Mi vocación se me presentó hermosa y agradable; vi los hechizos y el valor del padecer. Todas las privaciones y fatigas de la vida religiosa me parecieron incomparablemente preferibles a las satisfacciones mundanas; en fin, salí de la oración totalmente transformada.

Al día siguiente fui a referir a Sor Teresita del Niño Jesús lo que me había pasado la víspera. Parecióme muy conmovida, de lo cual, deseando yo saber la causa, me dijo:

—¡Ah, cuán bueno es Dios! Ayer tarde me dio tanta lástima, que no cesé un momento, al principio de la oración, de encomendarla, pidiendo a

Nuestro Señor que la consolara, que le cambiase el alma y le mostrase el valor de los padecimientos. ¡El me atendió!

* * * *

57.—Como tengo un natural muy infantil, el Niño Jesús, para ayudarme a practicar la virtud, me inspiró *que jugase con El*. Escogí el *juego de bolos*. Me representaba las birlas de todos los tamaños y de todos los colores, como medio de personificar las almas a quienes quería tocar. La bola para tirar, era *mi amor*.

En el mes de diciembre de 1896, las novicias recibieron, con destino a las misiones, muchas chucherías para el árbol de Navidad. Mas he aquí que por casualidad se encontró en el fondo de la cajita mágica un objeto muy raro para un convento del Carmen: *un trompo*. Mis compañeras dijeron: «¡Qué feo es esto! ¿Para qué puede servir?» Pero yo, que conocía bien el juego, eché la mano al trompo, exclamando: «¡Esto es muy divertido! Puede bailar todo un día sin parar, mientras no le falten buenos latigazos.»

Y dicho y hecho, dispuse el trompo y lo hice bailar con gran admiración de todas.

Santa Teresita del Niño Jesús me observaba sin decir palabra; el día de Navidad, después de la Misa de Gallo, encontré en nuestra celda *el famoso trompo* con esta cartita, cuyo sobre llevaba escrita la siguiente dirección:

«A mi amada esposa JUGADORA DE BOLOS en la montaña del Carmelo.

Nochebuena de 1890.

Querida esposita:

¡Ah, cuán contento estoy de ti! Todo el año me has divertido mucho *jugando a los bolos*. He gozado tanto, que la misma corte angélica estaba sorprendida y encantada de ello. Varios querubinitos me han preguntado por qué no los había hecho niños; otros han querido saber si la melodía de sus instrumentos no me era más agradable que tu alegre risa cuando aciertas *una birla con el bolo de tu amor*. He contestado a todos que no debían entristecerse por no ser niños, puesto que día vendrá en que podrán jugar contigo en las praderas del cielo. Además, les he dicho que, efectivamente, tu sonrisa me era más agradable que sus melodías, porque tú no podías jugar y sonreírte más que padeciendo y olvidándote a ti misma.

Esposita mía muy querida: tengo a mi vez una cosa que pedirte. ¿Me la negarás...? ¡Oh, no; me amas demasiado! Pues bien, quisiera cambiar de juego: *los bolos me divierten mucho, pero ahora quisiera jugar al trompo*. Si quieres, tú misma serás el trompo mío. Te doy uno que te sirva de modelo; ya ves que no tiene atractivo alguno exterior; cualquiera que no sepa cómo utilizarlo, lo rechazará al punto con el pie; pero si lo ve un niño,

saltará de gozo y exclamará: ¡Ah!, esto es muy divertido; puede bailar todo un día sin pararse...

Yo, el Niño Jesús, te amo, aunque no tengas atractivos, y te suplico que bailes siempre para divertirme. Pero para hacer bailar el trompo se necesitan *latigazos*. Pues bien: deja que tus hermanas en religión te hagan este servicio, y sé reconocida a las que se muestren más asiduas en hacerte bailar con mayor velocidad... Cuando me haya recreado bastante contigo, te llevaré allá arriba, donde podremos jugar sin padecer.

Tu hermanito (42).
JESÚS

* * *

58.—Tenía yo la costumbre de llorar a menudo y por nonadas, lo cual la apenaba mucho.

Ocurriósele cierto día una idea luminosa: tomando de su mesa de pintura una concha de almeja y sujetándome las manos para impedir que me enjugara los ojos, púsose a recoger mis lágrimas en la concha, y pronto, dejando de llorar, no pude hacer menos de reírme.

(42) La religiosa que nos hace esta confesión es Sor María de la Trinidad, joven novicia de la Santita, a quien siempre demostró mucho cariño. Vea el lector la nota donde hablamos de las novicias de la Santita. «Historia de un alma», cap. IX. (Conf. «Lettres», Année 1896, pág. 360.)

—Vamos —me dijo—; en adelante le permito que llore cuanto quiera, con tal que sea en la concha.

Pues bien; ocurrió que, ocho días antes de su muerte, había yo llorado toda la tarde pensando en su próxima partida. Como ella lo advirtiese, me dijo:

—V. C. ha llorado. *¿Ha sido en la concha?*

Le dije la verdad... y mi confusión la entristeció. Entonces replicó:

—Voy a morir, y ciertamente no estaré tranquila respecto de V. C. si no me promete seguir con toda fidelidad mi consejo, porque lo considero de importancia capital para su alma.

Le di mi palabra, pidiendo, con todo, como una gracia, el permiso de poder llorar libremente por su muerte.

—¿Por qué llorar por mi muerte? ¡Qué lágrimas tan inútiles! ¡Llorar por mi dicha! Pero, vamos, tengo lástima de su debilidad, por lo que le permito que llore, pero solamente los primeros días. Después tendrá que tomar de nuevo la concha.

Confieso que, aunque me ha costado esfuerzos heroicos, he sido fiel.

Cuando quería llorar, me armaba con valor del despiadado instrumento; mas el cuidado que tenía que poner en pasarlo de un ojo al otro distraía mi imaginación del asunto que motivaba mi pena; gracias a ese ingenioso procedimiento, no tardé en curarme completamente de mi excesiva sensibilidad.

* * *

59.—Quería yo privarme de la Sagrada Comunión por una infidelidad que le había causado mucha pena, pero de la que yo estaba amargamente arrepentida. Le escribí mi resolución, respondiéndome ella con el siguiente billetito:

«Querida florecita de Jesús: basta que por la humillación de su alma, *sus raíces se nutran de la tierra...* Es preciso que entreabra, o mejor, levante bien alto su corola, para que el pan de los Angeles, cual rocío divino, venga a fortalecerla y a dotarla de todo cuanto le falte.

Adiós, pobre florecilla; pida a Jesús que cuantas oraciones se hagan por mi salud sirvan para aumentar el fuego que debe consumirme» (43).

* * *

60.—«En el acto de comulgar, me represento algunas veces mi alma como si fuese una criatura de tres o cuatro años, la cual, a fuerza de jugar, trae desgreñados los cabellos y sucios los vestidos. (Estas desgracias me han sucedido luchando con las almas.) Mas pronto acude presurosa la Virgen María y, con toda diligencia, me quita el *delan-*

(43) Este billetito sin fecha lo escribió en junio de 1897 a Sor María de la Trinidad, que sufría un pequeño escrúpulo. Véase «Lettres», Année 1897, pág. 404.

talito que está sucio, arregla mis cabellos y los adorna con una bonita cinta o tan sólo con una florecita... Esto basta para hacerme graciosa y para que pueda sentarme sin rubor en el festín de los ángeles.»

* * *

61.—En la enfermería, casi no esperábamos a que hubiese terminado de dar gracias, para hablarle y pedirle consejo. Al principio se entristeció y se quejó suavemente de nuestra conducta; pero luego nos dejó hacer, diciéndonos:

—He pensado que no debía desear más descanso que Nuestro Señor. Cuando se retiraba al desierto después de haber predicado, luego iban las gentes a turbar su soledad (44). Vengan, pues, a mí cuanto quieran. He de morir con las armas en la mano, *teniendo en la boca la espada del espíritu, que es la palabra de Dios* (45).

* * *

62.—Dénos un consejo para nuestras direcciones espirituales. ¿Cómo hemos de portarnos con ellas?

—Con gran sencillez, sin contar demasiado con un socorro que puede faltarles en cualquier mo-

(44) Vea el lector «Novissima Verba», 30 de julio.

(45) Este mismo pensamiento nos lo expresa en su «Novissima Verba», 9 de agosto.

mento. Pronto se verían precisadas a exclamar, como la esposa de los Cantares: *Los guardias quitáronme mi manto y me hirieron, y sólo al adelantarme un poco a ellos me encontré al que yo amo* (46). Si preguntan con humildad y sin apego dónde está el Amado, *los guardias se lo indicarán*. Con todo, lo más común es no hallar a Jesús sino después de *haberse adelantado* a toda criatura. Por mi parte, ¡cuántas veces he repetido aquella estrofa del Cántico espiritual:

No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan,
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo (47).

* * *

63.—Si, por un imposible, el mismo Dios no viese mis acciones, no me apenaría por ello. Le amo tanto, que quisiera poder darle contento sin que supiera que le viene de mí. Sabiéndolo y

(46) Epístola a los Efesios, VI, 17.

(47) «Cántico espiritual de nuestro P. S. Juan de la Cruz». Estrofas VI y VII.

viéndolo, está como obligado de algún modo a corresponder... y quisera evitarle esta molestia.

* * *

64.—«Si hubiese sido rica, me habría sido imposible ver un pobre hambriento sin darle de comer. Lo mismo hago ahora en mi vida espiritual; apenas he ganado algo, como sé que hay multitud de almas en peligro de condenarse, les doy todos mis tesoros espirituales. Todavía no he hallado el momento en que pueda decirme: “Ahora voy a trabajar para mí.”»

* * *

65.—«Hay personas que todo lo toman de manera que sirva solamente para darles la mayor pena; yo, al contrario, siempre veo el lado bueno de las cosas. Si solamente experimento dolor sin mezcla alguna de alivio, me gozo con el mismo dolor» (48).

* * *

66.—«Siempre me satisfizo lo que Dios me dio, aun las mismas cosas que me parecen inferiores y menos hermosas que las de las otras» (49).

* * *

(48) Véase «Novissima Verba», 21 de mayo.

(49) Véase «Novissima Verba», 21 de julio.

67.—«Cuando era pequeña, me dieron en casa de mi tía un hermoso libro para leer. En una historieta vi que se alababa mucho a una directora de una casa de educación, porque sabía con mucha discreción salir bien de todos los apuros, sin ofender ni mortificar a nadie. Consideré sobre todo esta frase: “A ésta decía: V. no se equivoca; a aquélla: V. tiene razón.” Mientras eso leía, me decía interiormente: “¡Oh, yo no lo hubiera hecho así; debe decirse siempre la verdad!”

Ahora la digo siempre. Me cuesta mucho más trabajo, es verdad, porque es preciso reconocer que sería sumamente fácil, cuando viene para manifestar algún disgusto, echar la culpa a los ausentes; al punto, la que se queja se tranquilizaría. Sí, pero... yo hago todo lo contrario. Si por esta razón no soy amada, no importa. No acudan a mí si no quieren saber la verdad.

Para que una corrección produzca su fruto, es preciso que cueste hacerla; y hay que hacerla sin la más ligera sombra de pasión en el corazón.

No conviene que la bondad degenera en debilidad. Cuando se ha reñido con justicia, hay que dejar estar las cosas y no llegar a enternecerse hasta extremo de sentir aflicción por la pena causada. Correr detrás de la corregida para consolarla, más bien es dañarla que hacerle bien. Abandonarla a sí misma, es forzarla a no esperar consuelo humano y recurrir a Dios, a reconocer sus faltas y a humillarse. De lo contrario, se acostumbraría a

ser consolada después de una corrección merecida y haría como los niños mimados, que patalean y gritan, porque saben que así harán volver a su madre para enjugar sus lágrimas.»

* * *

68.—*Haced que la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, esté siempre en vuestro corazón y en vuestros labios* (50). Si encontramos un alma que nos es antipática, no la rechazamos ni la abandonemos nunca. Tengamos siempre *la espada del espíritu* para reprenderle sus faltas; no dejemos correr las cosas para conservar nuestra tranquilidad; debemos combatir sin cesar, aunque no tengamos esperanza de ganar la batalla. ¿Qué importa el éxito? ¡Adelante siempre!, por grande que sea la fatiga del combate. No digamos: «No conseguiré provecho alguno con esta alma; no discierne, hay que abandonarla.» ¡Oh, esto sería una cobardía! Hay que cumplir con el deber hasta el último trance.

* * *

69.—«Antes, cuando alguno de mi familia estaba acongojado y en el locutorio no conseguía consolarle, me iba con el corazón traspasado; pero

(50) Epístola a los Efesios, VI, 17.

pronto me dio a entender Jesús que yo era incapaz de consolar un alma. Desde aquel día, ya no me afligía cuando alguno se iba triste; encomendaba a Dios los trabajos de aquellas personas queridas, y sentía perfectamente que era escuchada, de lo cual me convencía tan pronto como volvían al locutorio. Después de esta experiencia, si involuntariamente molesto a alguien, ya no me aflijo; pido con sencillez a Jesús que repare el mal hecho por mí.»

* * *

70.—¿Qué piensa de tantas gracias con que ha sido colmada?

—Pienso que el *Espíritu de Dios sopla donde quiere* (51).

* * *

71.—Decía a su Madre Priora:

—Madre mía, si llegara a ser infiel, si cometiese sólo la más ligera infidelidad, siento que sería seguida de espantosas turbaciones y no podría ya aceptar la muerte.

Mas como la Madre Priora se manifestara sorprendida de oír semejante lenguaje, replicó:

—Hablo de una infidelidad de orgullo. Por ejemplo, si dijese: «He adquirido tal o cual virtud, puedo practicarla», o bien: «¡Oh, Dios mío! Sabes

(51) Juan, III, 8.

que te amo demasiado para entretenerme en un solo pensamiento contra la fe»; al punto, estoy convencida de ello, me vería acometida de las más peligrosas tentaciones y sucumbiría con toda seguridad.

Para evitar esta desgracia, sólo he de decir con toda humildad de corazón: «¡Oh, Dios mío, te ruego que jamás permitas que te sea infiel!»

Comprendo perfectamente que San Pedro cayese. Contaba demasiado con el ardor de sus nobles sentimientos, en vez de apoyarse únicamente en la fortaleza divina. Tengo la seguridad de que si él hubiese dicho a Jesús: «Señor, dame fuerzas para seguirte hasta la muerte», esta fuerza no se la hubiera negado.

Madre mía, ¿cómo es que nuestro Señor, sabiendo lo que iba a acontecer, no le dijo: «Pídemela fortaleza para realizar tu deseo»? Creo que debió de ser para enseñarnos dos cosas: la primera, que por su presencia sensible no enseñaba a los Apóstoles más de lo que nos está enseñando a nosotros con las buenas inspiraciones de su gracia; y la segunda, que estaba destinado San Pedro a gobernar toda la Iglesia, donde hay tantos pecadores, convenía que experimentase por sí mismo lo poco que puede el hombre sin el auxilio de Dios. Por esto, antes de la caída, le dijo Jesús: *Tú, cuando vuelvas en ti, confirma a tus hermanos* (52): esto

(52) Luc., XXII, 32.

es, refiéreles la historia de tu pecado, enséñales por tu experiencia propia cuán necesario es para la salvación apoyarse exclusivamente en Mí (53).

* * *

72.—Me daba mucha pena verla enferma, y le repetía a menudo:

—¡Oh, qué triste es la vida!

Mas ella, luego me corregía, diciendo:

—¡La vida no es triste! Al contrario, es muy alegre. Si dijese: «El destierro es triste», entonces, comprendería a V. C. Es un error llamar vida a lo que ha de acabar. Solamente a las cosas del cielo, a lo que jamás puede morir, cabe dar este hermoso nombre; y ya que gozamos de ellas ya en este mundo, la vida no es triste, sino alegre, muy alegre...

* * *

73.—Ella misma era de una alegría que encantaba.

Durante varios días, habiendo estado mucho mejor, le decíamos:

—Todavía no sabemos de qué enfermedad morirá.

—Pues moriré de *muerte*. ¿No dijo Dios a Adán de qué moriría? Le dijo: +*Tú morirás de muerte*— (54).

(53) Véase «Novissima Verba», 7 de agosto.

(54) Génesis, II, 17.

—Pues bien, ¡la muerte será la que venga a buscarla!

—No, no es la muerte la que vendrá a buscarme, sino el mismo Dios. La muerte no es un fantasma, ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. Está escrito en el catecismo que la *muerte es la separación del alma y del cuerpo*, nada más. Pues bien: no temo una separación que ha de unirme con Dios por toda una eternidad.

* * *

74.—¿Vendrá pronto el *divino Ladrón* a robar su racimito de uva?

—Lo distingo de lejos y no seré yo quien grite: *¡Ladrones!*; antes, por el contrario, le llamo diciéndole: *¡Por aquí! ¡Por aquí!*

* * *

75.—Decíale yo que los ángeles más hermosos, vestidos de blanco, con rostro alegre y resplandeciente, trasladarían su alma al cielo. Ella me contestó:

—Todas esas alegorías no me causan bien alguno, porque no puedo sustentarme más que de la verdad. Dios y los ángeles son puros espíritus; nadie puede verlos con los ojos del cuerpo tales como son en realidad. Por eso jamás he deseado

gracias extraordinarias. Prefiero esperar la visión eterna (55).

—He pedido a Dios que me conceda un sueño delicioso para consuelo del dolor que siento por su partida.

—¡Ah, he aquí una cosa que jamás hubiera hecho! ¡Pedir consuelo...! Puesto que quiere asemejarse a mí, ya sabe lo que yo digo:

¡Oh, Señor!, no temas que te despierte:
Aguardo en paz las playas de los cielos...

¡Tan agradable es servir a Dios en la obscuridad y en las pruebas, pues sólo acá en la tierra podemos vivir la vida de la fe!

* * *

76.—«Feliz me siento por irme al cielo, pero cuando pienso en estas palabras del Señor: *Mirad que vengo luego, y traigo conmigo mi galardón, para recompensar a cada uno según sus obras* (56), me pregunto cómo se las arreglará conmigo, por cuanto no tengo obras... Pues bien: me recompensará a mí *según las obras de El* (57).

* * *

(55). Véase «Novissima Verba», 5 de agosto.

(56) Apoc., XXII, 12.

(57) Véase «Novissima Verba», 15 de mayo.

77.—Ciertamente no pasará ni un minuto en el purgatorio —le dijimos—, porque, de lo contrario, nadie va directamente al cielo.

—¡Oh, esto me deja sin cuidado; siempre estaré contenta, cualquiera que sea la sentencia de Dios! (58). Si voy al purgatorio, me pasearé por entre las llamas como los tres niños del horno de Babilonia, cantando el cántico del amor.

* * *

78.—En el cielo la colocarán entre los serafines.

—Si es así, no los imitaré; porque *todos se cubren con sus alas* en la presencia de Dios, y *yo me guardaré bien de taparme con las alas*.

* * *

79.—Le enseñaba una fotografía que representaba a Juana de Arco consolada en la cárcel por «sus voces». Sor Teresita me dijo:

—A mí también me consuela una voz interior. Desde allá arriba los santos me animan y me dicen: «Mientras estés prisionera en la tierra, no podrás llenar tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus conquistas» (59).

* * *

(58) Isaías, VI, 2.

(59) Vea el lector «Novissima Verba», 10 de agosto.

80.—«En el cielo, Dios hará siempre mi voluntad, porque acá en la tierra jamás he hecho la mía» (60).

* * *

81.—Preguntábanle bajo qué nombre deberían invocarla cuando estuviese en el cielo.

—Llámenme *Teresita* —respondió humildemente (61).

* * *

82.—Nos mirará desde lo alto del cielo, ¿verdad?
—No; *bajaré*.

* * *

83.—Citemos por fin este rasgo conmovedor:

(60) Vea el lector «Novissima Verba», 12 de julio.

(61) Esto es una completa refutación de los que se empeñan en no llamar a la Santita con el gracioso y humilde nombre de *Teresita*. Así se lo puso la Madre Priora cuando aquellas visitas al locutorio de la Santa, todavía niña. Así quiso llamarse, y este nombre le correspondía por ser la Capitana del Caminito de Infancia.

Es verdad que en los documentos oficiales de la Iglesia se llamará siempre *Teresa del Niño Jesús* por el carácter de tales archivos, pero en el cielo tachonado de brillantes estrellas siempre aparecerá escrito con la misma sencillez y encanto: *Teresita*; y de los encendidos labios de los serafines se desprenderá el mismo cántico glorioso de la Santa: «Llámenme *Teresita*.» Los mismos Romanos Pontífices la apellidaron con este humilde nombre.

Algunos meses antes de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús, leíamos en el refectorio la vida de San Luis Gonzaga, llamando mucho la atención a una de nuestras Madres ancianas el conmovedor y recíproco afecto del santo joven y de un venerable religioso de la Compañía de Jesús, el P. Corbinelli, le dijo a nuestra santa hermanita:

—V. C. es el jovencito Luis, y yo soy el viejo Padre Corbinelli; cuando esté en el cielo, acuértese de mí:

—¿Quiere, Madre mía, que venga pronto a buscarla?

—No; todavía no he padecido bastante.

—¡Oh, Madre mía!, yo le digo que sí, que ha padecido bastante.

Entonces la Madre Hermancia del Corazón de Jesús replicó:

—No me atrevo todavía a decirle que sí... Para una cosa tan grave, me falta la sanción de la autoridad.

En efecto: se hizo la demanda de permiso a la Madre Priora, y ella, sin concederle importancia, dio una respuesta afirmativa.

Ahora bien: uno de los últimos días de su vida, cuando Santa Teresita del Niño Jesús casi no podía hablar por su debilidad, le fue entregado por conducto de la enfermera un ramo de flores cogidas por la querida Madre, con la súplica de mandarles al punto, en concepto de gracias, una sola palabra de afecto. Esta fue la palabra:

Diga a la Madre Hermandad del Corazón de Jesús que esta mañana, durante la misa, he visto la tumba del Padre Corbirelli muy cerquita de la tumba de Luisito.

—Está bien —respondió muy conmovida nuestra buena Madre—, diga a sor Teresita del Niño Jesús que la he entendido...

Desde aquel momento, la Madre quedó persuadida de su próxima muerte, que ocurrió, efectivamente, un año después.

Y según la predicción de Luisito, la tumba del Padre Corbirelli se encontró junto a la suya.

* * *

84.—«Lo más divertido era ver cómo nuestros aguiluchos se iban a la vez en el bazar. Teniendo diez monedas para el gasto, intentábamos adquirir cinco o más objetos diferentes. Nos acordaba el prurito de ver quién compraba cosas más bellas. Encantadas de nuestras compras, esperábamos impacientes el primer día del año a fin de poder ofrecer "nuestros aguiluchos". La que se despertaba antes procuraba de ir a felicitar el Año Nuevo. Luego se daban los regalos y cada cual se extasiaba con los tesoros comprados por cincuenta céntimos.

Estos regalitos nos causaban casi tanta alegría como los espléndidos obsequios de mi tío. Por otra parte, aquello era el concierto de nuestras felicitaciones. Aquel día nos vestíamos prontamente y cada

cada una se ponía en acecho para abalanzarse en el cuello de su papá. Desde que salía de su habitación no se oían más que voces de alegría en la casa y este pobre padrecito sentíase dichoso de vernos tan contentas.

Los regalos que María y Paulina hacían a sus hermanitas tampoco tenían mayor valor, pero nos alegraban mucho.» (Escrito por Santa Teresita.)

* * *

85.—«A CADA INSTANTE SE NOS ADVERTIA: “No entréis aquí... No entréis allí... Incurriréis en excomunión.” ¡Ah! ¡Cuán menospreciadas se ven las pobres mujeres! Sin embargo, son más en número que los hombres en el amor de Dios, y, durante la Pasión de Jesucristo, las mujeres se portaron más valientemente que los Apóstoles, pues que ellas no se intimidaron por los insultos de los soldados y se atrevieron hasta a limpiar la Faz adorable de Jesús... Sin duda, por esto permite que el menosprecio sea su herencia en la Tierra, ya que las ha escogido para Sí... En el cielo evidenciará que sus pensamientos no son de los hombres, porque entonces “las últimas serán las primeras”.» (*Carta de Santa Teresita durante su viaje a Roma.*)